

LA CAMBIANTE PERSONALIDAD DE SANCHO

Discurso de orden pronunciado en el acto, convocado por la Embajada de España,
de presentación de *El Quijote* editado por la Real Academia Española.

María Josefina Tejera

Me siento muy honrada de tomar la palabra hoy, con motivo de la presentación de la nueva edición de *El Quijote* y también muy complacida puesto que esta oportunidad me ha permitido volver a leer muchos pasajes de esta obra que estaban olvidados y que he revivido con deleite y alegría, por lo que es doble mi agradecimiento a los organizadores de este encuentro.

Quisiera yo comunicarles a ustedes esa misma sensación de placer que he sentido al seguir los pasos del honrado caballero y del bueno de su escudero. Por lo tanto, he rechazado la idea de hacer un discurso erudito, lleno de citas y fechas, lo cual es tentador cuando del *Quijote* se trata, ya que abundan los sesudos críticos, las profundas consideraciones, y las acertadas afirmaciones y comparaciones en miles de libros, artículos y referencias. Tan solo este nuevo volumen, que ha preparado la Real Academia Española, con tanto cuidado y esmero, encierra varios artículos magistrales que me hubieran servido para hacer un tejido de bellas y justas frases con las que me hubiera lucido ante ustedes. El prólogo de Mario Vargas Llosa que precede al texto es una obra de arte por la belleza del lenguaje y desarrolla un tema tentador: la mirada actualizada del *Quijote*. Igualmente hermoso es el texto de Francisco Ayala, titulado "La invención del Quijote", donde entre mil cosas recuerda, sin que el autor lo comparta, lo que muchas veces se ha dicho, es decir, que "el *Quijote* expresa la desilusión vital de su autor". Aunque esto pueda ser cierto en cuanto a las consecuencias finales de las acciones quijotescas, esta última lectura me ha confirmado lo opuesto, es decir, que el libro expresa por todas partes alegría y humor, y que no son sólo los personajes los que dicen cosas graciosas: también el narrador entra en el juego y hace descripciones a costa de las desgracias de sus protagonistas que provocan la

risa. Este es un punto al que me referiré más adelante. Mención obligada merecen las notas de Francisco Rico, que modernizó el texto para que sea comprendido de todos y pueda hablarse de una edición "popular". Francisco Rico conoce a fondo el lenguaje de Cervantes y puso a nuestro alcance cada uno de los términos difíciles por desusados o antiguos con breves anotaciones a pie de página. Merecen mencionarse también los trabajos más breves que escribieron los académicos José Manuel Blecua, Guillermo Rojo, José Antonio Pascual y Claudio Guillén, además de Margit Frenck, que en esta oportunidad representa a los hispanoamericanos y que cierra el volumen. Cada uno de estos trabajos destaca un aspecto que ubica a la obra en su tiempo y en cada uno de ellos encontré aciertos y afirmaciones que merecen mencionarse y que recordaré en el curso de mi exposición.

Entre tanta variedad de temas me pareció quizás más atractivo para ustedes, exponerles algunas apreciaciones sobre la figura de Sancho Panza, el opuesto de don Quijote, el hombre humilde que lo sigue en sus aventuras y que recibe como recompensa el gobierno de una ínsula, lo cual él cumple entre bromas y burlas. El interés y la admiración que ha despertado el personaje de Quijote entre los lectores y los críticos o comentaristas a lo largo de estos cinco siglos ha sido tal, que pocos son los que se han detenido en la figura de Sancho Panza. Pero resulta que Sancho plantea una serie de incógnitas interesantes en su trayectoria que también merecen estudio. Originalmente el escudero pertenece a la tradición de las novelas de caballerías,¹ pero Sancho va más allá de esa tradición puesto que se va transformando a medida que avanza la novela. De humilde personaje cómico que confronta a Quijote con la realidad, Sancho adquiere profundidad de hombre sensato. De personaje simple y bonachón, cambia hasta distinguirse como sabio gobernador. Esta serie de transformaciones y otras contradicciones permiten considerar a Sancho como a un personaje moderno, que no es homogéneo ni previsible en sus actos y que plantea, además, ambiciones de ascenso social, algo muy de nuestra época.

Sancho Panza es el único personaje que cambia, es decir, que evoluciona a lo largo del libro. Se ha dicho que ambos protagonistas sufren las influencias del otro y que también don Quijote al final del libro dice refranes, pero estos refranes no cambian la esencia de

¹ Efectivamente, el escudero es un personaje de los libros de caballerías pero sin las características de Sancho. Según Redondo (1978) el Sancho rechoncho y voraz, montado en un rucio, es una festiva representación de las Carnestolendas en la que se oponía al personaje de la Cuaresma, representada por un personaje flaco y parco.

Quijote que sigue siendo el mismo desde que perdió el seso con la lectura de los libros de caballería. En cambio, Sancho evoluciona en muchos sentidos bajo la influencia y por la admiración que siente por don Quijote. Por otra parte, Sancho no es un personaje predecible, de una sola pieza porque tiene aristas contradictorias. Es en efecto, un hombre bueno, pero puede efectuar acciones bajas como hacerle la trampa a don Quijote de azotar los árboles en vez de darse los azotes a sí mismo y, además es capaz de cobrarle a su amo por cada azote. También Sancho le quita el dinero a don Quijote y luego arremete contra él golpeándolo y lo lanza al suelo cuando se ve gobernador y dueño de sí mismo, pues entonces ya no depende de don Quijote, y no es su escudero (Parte II, cap. 60) De modo que Sancho actúa espontáneamente sin detenerse en las consecuencias. Pero a medida que avanza el libro y sobre todo, después de haber cumplido como gobernador, es cierto que se comporta con más cordura. Voy a detenerme en este aspecto para intentar comprobar algunos de estos cambios y en qué modo se reflejan en el libro.

Hay quienes piensan que Sancho es el "negativo" de don Quijote; es decir, que sus conductas y sus pensamientos se oponen. Pero esto tampoco es cierto. Quizás lo más opuesto a don Quijote es el hombre de hoy, materialista, egoísta, que cuenta por lo que posee en bienes, que ha perdido la espiritualidad y que ni la añora ni la reconoce. Sancho, en cambio, es solo realista ante las ensoñaciones de don Quijote. En toda la primera parte se constituye en la referencia a la realidad, mientras don Quijote se ufana en transformarla para cumplir con el propósito de proteger a las doncellas y deshacer agravios. También Sancho tiene anhelos y deseos de cambiar su situación presente cuando persigue la idea de ser gobernador y hasta más allá para que a su hija la llamen "señoría" cosa que su mujer es incapaz de concebir. Se ha afirmado que lo que busca Sancho es el poder, y esto estaría en consonancia con su materialismo, pero no es el poder lo que añora Sancho, es el ascenso social, como decimos hoy, y lo dice muy claro:

-A buena fe -respondió Sancho- que si Dios me llega a tener algo qué de gobierno, que tengo de casar, mujer mía, a Mari Sancha tan altamente, que no la alcancen sino con llamada "señoría" (Parte II, cap. 5).

Si en un primer momento, Sancho expresa su ambición, y piensa muchas veces en el dinero, es verdad que en su cambio hay también una evolución hacia el fin que persigue, el cual consiste en buscar fama, como lo hace su señor. Si en un comienzo la ínsula significa gratificación material por sus servicios, puesto que don Quijote no le pagaba, cuando acepta

ser gobernador, lo que Sancho procura es gobernar con sabiduría para que su gobierno se reconozca como el mejor.

En su conversación con la duquesa le dice:

... y pues que tengo buena fama y, según oí decir a mi señor, que más vale el buen nombre que las muchas riquezas, encájenme ese gobierno y verán maravillas, que quien ha sido buen escudero será buen gobernador (Parte II, cap. 33).

Cuando las pastoras reconocen a don Quijote, una de ellas se acuerda de Sancho Panza y dice:

. . . Yo apostaré que este buen hombre que viene consigo es un tal Sancho Panza, su escudero, a cuyas gracias no hay ningunas que se le igualen. -Así es verdad -dijo Sancho-, que yo soy ese gracioso y ese escudero que vuestra merced dice, y este señor es mi amo, el mismo Don Quijote de la Mancha historiado y referido Parte II. cap.58)

Se trata de referencias que hacen los personajes de la Segunda Parte sobre la Primera Parte del libro.

Una vez terminada su gestión como gobernador, Sancho insiste en afirmar que ha sido honesto:

... Desnudo nací, desnudo me hallo, ni pierdo ni gano; quiero decir, que sin blanca entré en este gobierno, y sin ella salgo, bien al revés de como suelen salir los gobernadores de otras ínsulas... (Parte II, Cap. 53).

Es decir, que valoriza su gobierno como tal y no las ganancias que hubiera podido adquirir, actitud esta opuesta al interés material del que tanto se le ha acusado. Se podría especular más sobre el gobierno de Sancho y establecer comparaciones e imaginar vínculos entre nuestra realidad y algunos personajes o episodios del libro, pero con el *Quijote* hay que tener cuidado porque este libro no es una obra en la que se defiendan o establezcan principios o actitudes. No se puede o no se debe acudir a esta obra para comprobar lo que se quiera de un momento dado o de un personaje dado. Al contrario: este es un libro de matices y no de dogmas. Hoy se dice de una obra así que es más "humana" porque la obra está encajada en sí misma, de modo que los personajes responden con sus acciones según lo que está planteado en la obra y no según un esquema prefijado por el autor. Mal podemos entonces los lectores querer forzarla a comprobar nuestros prejuicios. No hay que confundir la popularidad del *Quijote*, el modo en que los personajes y sus palabras se hicieron proverbiales desde el primer momento, con la aplicación de las acciones de sus personajes

y circunstancias a otros personajes y circunstancias ya muy alejados en el tiempo y extraños en su concepción y en sus finalidades.

No hay que olvidar que el *Quijote* es una obra barroca, en la que los perfiles están difuminados y muchas veces en la penumbra. Por lo tanto, antes de afirmar algo referente a esta obra hay que asegurarse de que Cervantes no presenta lo opuesto en seguida. Las líneas sinuosas, los contraluces y los espejos son muy del gusto de la época y hay que percibirlos para entender su estética.

El *Quijote* fue recibido por sus contemporáneos como un libro divertido y ligero, como recuerda don Guillermo Rojo. Esta percepción está en concordancia con el tono general del libro en el que muchas veces se dice que su protagonista está loco y todos admiten que los locos dicen o hacen cosas divertidas. Sin embargo, el humor lo provoca principalmente Sancho, lo cual es muy evidente en los primeros capítulos. Varios episodios son famosos porque provocan la risa, como el capítulo en el que la presencia de la asturiana Maritornes en la habitación de don Quijote y Sancho, en la venta, levanta una gran confusión. En este episodio (Parte II, cap. 16), uno de los más picarescos del libro, vemos a Don Quijote como seductor de Maritornes, una humilde labriega que para él es "la diosa de la hermosura". Como en otras oportunidades, la realidad se encarga de maltratar al héroe que sueña con princesas que sólo ve él. Y Sancho resulta una vez más golpeado.

Más que carcajada, lo que despierta este libro es la sonrisa y esa sonrisa a menudo brota por la intervención de Sancho que, con su ingenuidad o su simpleza, presenta otra perspectiva distinta a la de don Quijote:

-Vuélvase vuestra merced, señor don Quijote, que voto a Dios que son carneros y ovejas las que va a embestir. Vuélvase, ¡desdichado del padre que me engendró! ¿Qué locura es ésta? Mire que no hay gigante ni caballero alguno, ni gatos, ni armas, ni escudos partidos ni enteros, ni veros azules ni endiablados. ¿Qué es lo que hace? ¡Pecador soy yo a Dios! (Parte I, cap. 18)

El humor brota en varias oportunidades resaltando la inocencia o la ignorancia de Sancho y otras características como el miedo que en un episodio se expresa con el desahogo fisiológico, hecho que despierta el humor. Y en efecto, Cervantes describe en detalle esta aventura porque sabía que lo escatológico resulta cómico (Parte I, Cap. 20).

También es recurso para provocar la hilaridad la referencia al hambre y la glotonería de Sancho, pues representa ante la fortaleza y la dignidad de Quijote, el impulso en su forma más ínfima. Pero a medida que avanza el libro, la comicidad de Sancho se logra

cuando trata el mundo absoluto e ideal como si fuera relativo y real. Así se crean dos metas en los dos protagonistas: para don Quijote es Dulcinea, y para Sancho es la ínsula. Escribe Casaldueiro (1949: 66): "Son dos metas ideales, don Quijote se da cuenta de la índole de Dulcinea, pero Sancho no percibe la índole de la ínsula, y de aquí deriva su comicidad: toma posesión del mundo ideal como si fuera real." Lo cual resume el mismo Cervantes como "la peculiar y cómica sandez de Sancho" (Parte 1, cap. 19).

Sancho como provocador del humor constituye un factor importante de la estructura del libro, sobre todo de la primera parte, pues a partir de la gobernación de la ínsula, la acción se va desarrollando alternando la responsabilidad entre los dos protagonistas y el acento se distribuye entre los dos personajes.

Una vez acabado el gobierno de la ínsula y también el interés de Sancho como motivo del desarrollo de la trama, se termina igualmente la amenaza del regreso o del abandono con que Sancho chantajea a don Quijote. Finalmente se da cuenta del valor humano del caballero y a partir de allí nada puede separarlo de él. Esto también constituye un cambio de Sancho; él es el que sufre esta metamorfosis: don Quijote sigue igual. Forma parte de esta metamorfosis su fe en los encantamientos, como su amo, así explica como encantamientos la perfección técnica de las galeras (II, 66), la victoria del Caballero de la Luna sobre don Quijote (II, 64) y el despertar de Altisidora (II, 70).

Se ha considerado como rasgo humorístico de Sancho el uso de ciertos términos en su habla, o los errores que comete al cambiar el orden de las letras dentro de las palabras, o cuando invierte el orden de las sílabas dentro de un término. Estos hábitos son corregidos con mucha frecuencia por don Quijote, que sugiere el uso correcto. Los fenómenos lingüísticos de Sancho pertenecen al habla rústica y responden al momento que vivía España en el desarrollo de la lengua. Curiosamente los mismos fenómenos persisten entre los campesinos tanto de España como en América. En cuanto a la ubicación de Sancho dentro de un grupo social específico este responde al conocimiento de Cervantes de las diferencias sociales. En boca de Sancho pone Cervantes su idea de que cada región tiene sus características y que deben respetarse: "no hay para qué obligar al sayagués a que hable como el toledano" (II, cap. 19), aunque el toledano era considerado en esa época más culto. Y luego admite con el Licenciado que el buen hablar no lo da el lugar de nacimiento, sino el trato con una y otra clase de personas: "Así es –dijo el Licenciado– ; porque no pueden

hablar tan bien los que se crían en las Tenerías y en Zocodover como los que se pasean casi todo el día por el claustro de la Iglesia mayor, y todos son toledanos". Por eso Sancho aclara su origen: "No se apunte vuesa merced conmigo –respondió Sancho–, pues sabe que no me he criado en la Corte, ni he estudiado en Salamanca, para saber si añadido o quito alguna letra a mis vocablos" (II, 19). En otras palabras, no tengo preparación para conocer cuál es el uso correcto de las palabras. Por lo tanto, el mismo personaje se ubica socialmente. Y en este libro, hay otros personajes que pertenecen a su mismo nivel, campesinos de hablar rústico que le prestan a la obra un sabor especial.

Uno de los hábitos que practica Sancho consiste en trocar las letras de las palabras, especialmente de los nombres propios, como cuando llama a la reina *Magimasa* en vez de *Madasima* o también llama *abad* a *Elisabat* (Parte 1, cap. 25). Y también Matino a Mambino (Parte 1, cap. 21), o Magallanes a Magalona (Parte 2, cap. 41), con lo cual cambia un nombre extraño por otro conocido. Este rasgo se puede explicar como un síntoma de su ignorancia y de su poca capacidad para adaptarse a términos cultos, extranjeros o raros. Y va parejo con otros rasgos de su habla en la que están presentes términos populares, arcaísmos, palabras mal pronunciadas, localismos y rusticismos.

Entre los términos populares que no eran aceptados entre los cultos se encuentra *çoço* 'Tonto', palabra estudiada por A. Alonso (1948), que pasó a América probablemente durante el siglo XVI y que se mantiene en varias zonas de este continente. Sobre esta palabra hace Sancho uno de sus trabucamientos, también estudiado por A. Alonso, al llamar *Catón Çonçorino* a Catón Censorino, un personaje popular de la cultura oral de su época (I, cap. 20).² La palabra *çoço*, *zonzo* no pasó al nivel estándar ni al culto y se ha mantenido en los niveles populares en las zonas americana.

En el habla de Sancho, y también de otros personajes rústicos, se encuentran arcaísmos, es decir, términos que ya habían caído en desuso. Los hay de índole léxica y también de índole morfológica, es decir, variantes en la conjugación de los verbos, como el siguiente *trayo* por *traigo*:"- Aquí trayo una cebolla y un poco de queso y no sé cuántos

² A Catón el Censor, famoso por la austeridad de sus máximas y costumbres, ya desde tiempos de Séneca, se le atribuyó la autoría de una recopilación de sentencias titulada *Disticha Catonis*, la cual se utilizaba para enseñar a leer, tanto en el original latino como en sus versiones españolas. Sancho se refiere a un pliego suelto, editadísimo en los siglos XVI y XVII, "Castigos y ejemplos de Catón", en el que se enumeran una serie de consejos dirigidos a explicar a su hijo cómo debe comportarse, y que se empleó para dar consejos morales básicos a los niños. Se le llamó popularmente "el Catón". Llamar Zonzorino a este personaje tan respetado es un gesto de desdén por parte de Sancho hacia la cultura erudita y oficial.

mendrugos de pan, dijo Sancho" [...](I, cap, 10). Para ese momento *agora* 'ahora' era considerada desusada, pero Sancho la utiliza al dirigirse al duque: "- Déjeme vuestra grandeza, respondió Sancho: que no estoy agora para mirar en sotilezas ni en letras más o menos" (II, cap. 35).³ En el habla de Teresa también se encuentran arcaísmos, como *maguer* por 'aunque': [...] "que maguer tonta, no sé yo quién recibe gusto de no tenerle" (II, cap. 20). *Animalia*, como 'Animal, bestia', era anticuada, tal y como la usa Sancho: "¿No te parece animalia, prosiguió Sancho, que será bien dar con mi cuerpo en algún gobierno provechoso, que nos saque el pie del lodo?" (II, cap. 5).

palabras mal pronunciadas

localismos y rusticismos

La evolución de Sancho en el libro se percibe también en el modo de expresarse. Repetidas veces Sancho confiesa que no sabe ni leer ni escribir y su vocabulario y sus expresiones pertenecen a una persona de extracción humilde, como corresponde a un labriego. Por eso, hay términos que no conoce y que confunde, como cuando oye *homicidios* y entiende *omecillos* 'Rencores'.

-Calla -dijo Don Quijote: ¿y dónde has visto tú o leído jamás que caballero andante haya sido puesto ante la justicia, por más homicidios que hubiese cometido?

-Yo no sé nada de omecillos -respondió Sancho-, ni en mi vida le caté a ninguno; sólo sé que la Santa Hermandad tiene que ver con los que pelean en el campo, y en esotro no me entremeto (I, Cap. X).

Este cambio es tan evidente que hasta su mujer, Teresa, lo percibe.

-Mirad, Sancho -replicó Teresa-, después que os hicistes miembro de caballero andante, habláis de tan rodeada manera, que no hay quien os entienda (II. Cap. V).

El cambio es tan profundo que, así como don Quijote le corrige a él algunos usos, así, Sancho se los corrige a su mujer:

-Yo no os entiendo, marido -replicó Teresa-: haced lo que quisiéredes y no me quebréis más la cabeza con vuestras arengas y retóricas. Y si estáis revuelto en hacer lo que decís...

-*Resuelto* has de decir, mujer -dijo Sancho-, y no *revuelto* (II, Cap. V).

También don Quijote percibe el cambio de Sancho y así le dice:

³ En las ediciones modernas el término aparece actualizado, pero léase la edición facsímil de Juan de la Cuesta, 1615, folio 138 vuelta.

-Nunca te he oído hablar, Sancho -dijo don Quijote-, tan elegantemente como ahora; por donde vengo a conocer ser verdad el refrán que tú algunas veces sueles decir: "No con quien naces, sino con quien paces" (Segunda parte. Cap. LXVIII).

Con lo cual don Quijote se atribuye el cambio de Sancho a sí mismo. Y, en efecto, Sancho expresa varias veces su admiración por don Quijote. Cuando Maritornes le pregunta cómo se llama el caballero, Sancho le responde:

-Don Quijote de la Mancha -respondió Sancho Panza-, y es caballero aventurero, y de los mejores y más fuertes que de luengos tiempos acá se han visto en el mundo (Primera parte, Cap. XVI).

La admiración de Sancho por don Quijote se basa no solo en su calidad de caballero andante, sino en la superioridad de sus conocimientos, lo cual es evidente en numerosos episodios de la obra, especialmente en aquellos en los que don Quijote corrige los usos de Sancho. Por lo tanto, es lógico que Sancho mejore su expresión con la enseñanza y las observaciones constantes de don Quijote. Amado Alonso (1948: 14) observa que: "Si don Quijote, que era la cortesía misma, no podía sufrir el trocar de vocablos, es que los tales trueques tendrían otra significación que la que hoy les damos." Y en efecto, en el siglo XVI el cultivo de la personalidad se plasma en el *Cortesano* de Castiglione, en el que los modales lingüísticos eran fundamentales. Comienza entonces una lucha en Europa por fijar los usos de las lenguas nacionales, las cuales empiezan a adquirir categoría gracias a las obras literarias y al hecho de que se hablaban en las cortes de los reyes. Pero todavía quedaban sin dirección ni criterios lingüísticos las personas incultas, de quien Sancho es ejemplo y modelo. Para ellos no valían los criterios etimológicos ni gramaticales que empuñaban los gramáticos y los cultos. Para ellos, si se establecía la comunicación, la expresión valía y no había por qué cambiarla.

-Una o dos veces- respondió Sancho-, si mal no me acuerdo, he suplicado a vuestra merced que no me enmiende los vocablos, si es que entiende lo que quiero decir en ellos, y que cuando no los entienda, diga: "Sancho, o diablo, no te entiendo". (II, 7)

Pero las presiones de los cultos para alcanzar una uniformidad en la lengua eran fuertes, entre ellos mismos y frente a los incultos. Existía una gran preocupación por establecer un criterio de corrección lingüística, preocupación que desemboca en el siglo XVIII con la creación de la Real Academia Española, que se impone desde su fundación la tarea de elaborar un diccionario, una gramática y una ortografía. Tareas que se cumplieron y que contribuyeron a la unificación de la lengua.

Cuando se escribe el Quijote, se está llevando a cabo una labor importante de fijación de la lengua. Escribe Amado Alonso:

El siglo XVI, aún más el XVII, es el horno en que se está cociendo la lengua moderna, con el triunfo paulatino, aún no precipitado, del hablar de los cultos, de base universitaria y escrita, que iba invadiendo y disciplinando al habla popular (mientras él mismo afloja su rigor). (1948: 20)

No acierta el muy respetado A. Alonso cuando afirma que la lengua "de base universitaria iba invadiendo y disciplinando al habla popular". En las universidades no se enseñaban las lenguas nacionales. Se enseñaba el latín y todas las actividades se llevaban a cabo en esta lengua hasta bien entrado el siglo XIX. Inclusive se jugaba en los recreos en latín bajo amenaza de multas si se hablaban las lenguas nacionales. Por lo tanto, la fijación se llevaba a cabo según el uso de los cultos. Cervantes lo dice varias veces en su obra: es el uso de los cultos lo que debe respetarse. Por lo tanto, el habla de Sancho es ejemplo del habla de los rústicos y las correcciones de don Quijote tienen un fin didáctico para Sancho y para los lectores del libro. Las prevaricaciones pertenecían a todos. Muchos coincidirían con Sancho en alguna que otra expresión y las observaciones de don Quijote les aclararían sus errores. Por lo tanto, no se trataba de provocar el humor, sino por el contrario, se trataba de una labor didáctica: Don Quijote es el maestro de Sancho en materia de lenguaje y el alumno fue tan aventajado que aprendió y al final del libro habla "pulido", como él mismo decía.⁴

Otro aspecto en el que se detecta un cambio importante en Sancho es el giro que da su pensamiento con la facultad de soñar, de idealizar o de cambiar la realidad. Es en la Segunda Parte donde se lleva a cabo esta transformación de Sancho. Después de la cabalgata en Clavileño, Sancho le describe a la duquesa todo lo que había visto. Y allí es Sancho el que sueña, el que ha aprendido a apartarse de la realidad.

Preguntó la duquesa a Sancho que cómo le había ido en aquel largo viaje. A lo cual Sancho respondió:

-Yo, señora, sentí que íbamos, según mi señor me dijo, volando por la región del fuego, y quise descubrirme un poco los ojos, pero mi amo, a quien pedí licencia para descubrirme, no la consintió; mas yo, que tengo no sé qué briznas de curioso y de desear saber lo que se me estorba y impide, bonitamente y sin que nadie lo viese, por junto a las narices aparté tanto cuanto el pañizuelo que me

⁴ No es este el único caso de obras en las que un maestro enseña a un discípulo o discípula buenas maneras lingüísticas: recuérdese a *Pygmalion* de G.B. Shaw, y a Santos Luzardo enseñando a Marisela en *Doña Bárbara* de R. Gallegos.

tapaba los ojos y por allí miré hacia la tierra, y parecióme que toda ella no era mayor que un grano de mostaza, y los hombres que andaban sobre ella, poco mayores que avellanas: porque se vea cuán altos debíamos de ir entonces.

Con estas palabras describe Sancho su vuelo por el espacio y la percepción de la Tierra desde una gran altura, lo que significa que todo es producto de su imaginación. A esto dijo la duquesa:

-Sancho amigo, mirad lo que decís, que, a lo que parece, vos no visteis la tierra, sino los hombres que andaban sobre ella; y está claro que si la tierra os pareció como un grano de mostaza y cada hombre como una avellana, un hombre solo había de cubrir toda la tierra.

-Así es verdad -respondió Sancho-, pero, con todo eso, la descubrí por un ladito y la vi toda.

-Mirad, Sancho -dijo la duquesa-, que por un ladito no se ve el todo de lo que se mira.

-Yo no sé esas miradas -replicó Sancho-: sólo sé que será bien que vuestra señoría entienda que, pues volábamos por encantamento, por encantamento podía yo ver toda la tierra y todos los hombres por doquiera que los mirara; y si esto no se me cree, tampoco creará vuestra merced cómo, descubriéndome por junto a las cejas, me vi tan junto al cielo, que no había de mí a él palmo y medio, y por lo que puedo jurar, señora mía, que es muy grande además.

La insistencia de la Duquesa para sorprender a Sancho en su mentira y fantasía no tiene buen resultado, lo que da lugar a otro episodio jocoso: la confusión de Sancho de la constelación de las Pléyades con siete animales verdaderos:

Y sucedió que íbamos por parte donde están las siete cabrillas, y en Dios y en mi ánima que como yo en mi niñez fui en mi tierra cabrerizo, que así como las vi, me dio una gana de entretenerme con ellas un rato, que si no la cumpliera me parece que reventara. Vengo, pues, y tomo ¿y qué hago? Sin decir nada a nadie, ni a mi señor tampoco, bonita y pasitamente me apeé de Clavileño y me entretuve con las cabrillas, que son como unos alhelíes y como unas flores, casi tres cuartos de hora, y Clavileño no se movió de un lugar ni pasó adelante.

Cuando don Quijote oye esto, lo comprende rápidamente y dice: "Sancho miente o Sancho sueña".

-Ni miento ni sueño -respondió Sancho-: si no, pregúntenme las señas de las tales cabras, y por ellas verán si digo verdad o no. -Dígalas, pues, Sancho -dijo la duquesa.

-Son -respondió Sancho-las dos verdes, las dos encarnadas, las dos azules y la una de mezcla (Segunda parte. Cap. XLI)

Sancho ha aprendido a soñar, a transformar la realidad como hacía don Quijote. Sólo que hay una diferencia entre las visiones de don Quijote y los sueños de Sancho. Don Quijote cambia la realidad para justificar su intervención y así deshacer agravios para ganar

gloria como caballero; en cambio, Sancho lo hace sólo para llamar la atención de las personas que estaban presentes con los duques, y llegar a gobernador de la ínsula, de modo que no tiene ningún pretexto noble y por eso, sus sueños no trascienden. Unamuno (1952:170) opina que del interés del escudero nació su miedo y ese miedo lo lleva a mentir. Porque efectivamente, Quijote ve en verdad, en cambio, Sancho inventa por imitar a Quijote y sabe que todo es mentira.

Ni don Quijote buscaba gobierno alguno, sino solo mostrar la fortaleza con que le animaba Dulcinea y hacer que los hombres declararan así la grandeza de ésta, ni Sancho buscaba gloria alguna, sino el gobierno de la ínsula. Y por esto Don Quijote vio visiones valerosamente y Sancho fraguó embustes cobardemente.

Unamuno: 170

Las grandes ideas, las hazañas pertenecen a don Quijote; Sancho participa en cuanto que es su fiel escudero que lo acompaña y lo comprende, por eso durante cuatro siglos ha sido el más grande de los escuderos conocidos en toda la faz de la tierra y así será por muchos siglos más.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Alonso, Amado. (1948) "Las prevaricaciones idiomáticas de Sancho". NRFH, II, 1: 1-20.
- Casaldueiro, Joaquín. (1949) *Sentido y forma del Quijote*. Madrid, Ediciones Ínsula.
- Hatzfeld, Helmut. (1966) *El "Quijote" como obra de arte del lenguaje*. 2da. ed. española. Madrid. Anejo de la *Revista de Filología Española*.
- Lapesa, Rafael. (1993) "Comentarios al capítulo 5 de la segunda parte del *Quijote*", *Actas del Tercer Coloquio Internacional de la Asociación de Cervantistas*. Alcalá de Henares, 12-16 de nov. 1990. Barcelona, Anthropos: 11-21.
- Redondo, Augustin. (1978) "Tradición carnavalesca y creación literaria: del personaje de Sancho Panza al episodio de la ínsula Barataria en el *Quijote*". *Bulletin Hispanique*. LXXX: 39-70.
- Rosenblat, Ángel. (1971). *La lengua del "Quijote"*. Madrid, Gredos.
- Unamuno, Miguel de. (1952, 9a. ed.) *Vida de don Quijote y Sancho*. Buenos Aires, Austral.